

“ral González Ortega y el gobierno de Juárez, á fuerza de **impe-**”  
 “ricias, se esmeraron en hacer imposible la victoria.”

“En cualquier país del mundo, aun en los bárbaros, **no se**”  
 “escoje para grandes operaciones de guerra al jefe que **ridícu-**”  
 “lamente ha fracasado mostrando con escándalo su **inmensura-**”  
 “ble ineptitud. En Roma, cuando un Cónsul sufría un **descala-**”  
 “bro ó derrota, se suicidaba ó perecía degollado por el **pueblo**”  
 “ó los soldados; entre los piratas la regla fué colgar del **tope**”  
 “del palo mayor al capitán que había cometido una **falta gra-**”  
 “ve; las hordas salvajes sacrifican á su dios feroz al jefe **res-**”  
 “ponsable de una derrota, y aun suelen comérsele; y en los”  
 “países civilizados, el General González Ortega, después del”  
 “Borrego, hubiera pasado á un consejo de guerra á **recibir la**”  
 “sentencia merecida por su incalifable impericia. Pero **Juárez**”  
 “dispuso las cosas de otro modo: después del Borrego **confió**”  
 “el mando supremo á González Ortega. Esta grave **falta co-**”  
 “rresponde á la responsabilidad personal de Juárez.”

Nosotros terminaremos por hoy respondiendo, en nombre de Juárez al Sr. Bulnes y por todo descargo, á sus contundentes inculpaciones.

“EN EL PAÍS DE LOS CIEGOS EL TUERTO ES REY.”

## El Centenario de Juárez y los juicios de Don Francisco Bulnes sobre aquel Benemérito.

Por el Lic. Don Manuel M. Alegre.

Justamente en vísperas ya del gran día 21 de Marzo de 1906, en que los buenos liberales de la República Mexicana nos preparamos á celebrar dignamente el primer Centenario del natalicio de Don Benito Juárez, Benemérito de la Patria y uno de los héroes de la Reforma, ha circulado un folleto publicado recientemente en la Metrópoli por el Sr. Lic. Don Manuel M. Alegre, con el título de “Muchos Pájaros con una Piedra.—Reflexiones sugeridas por la lectura del último libro de Don Francisco Bulnes.” Un ejemplar del citado folleto ha llegado hasta nosotros, y del cual reproducimos en seguida los capítulos principales, tanto por lo sensacional del asunto, cuanto porque nosotros gustamos de respetar y tomar en consideración toda clase de opiniones que sean sinceras, y porque algunos puntos

de vista del Sr. Alegre, nos van á servir de antecedente para el artículo sobre Juárez y la Reforma que publicaremos en el próximo número, de “LA GACETA DE GUADALAJARA.”

\*\*\*\*

Ciertas clases sociales se preparan para celebrar el Centenario del Sr. Juárez. No decimos que la Nación se prepara, porque interpretaríamos falsamente el hecho. ¿Y por qué del Sr. Juárez y no de Morelos, ó de cualquier otro de nuestros hombres públicos?—Porque Juárez es un símbolo. ¿Símbolo de qué?—Símbolo de la Reforma, símbolo del partido liberal.

Lo anterior parece catecismo, pero así se explica mejor la situación. Nada de inconveniente veríamos en el Centenario, si fuera un movimiento espontáneo del pueblo mexicano, que tuviera por solo objeto una manifestación efusiva de sus sentimientos de admiración ó de gratitud hacia uno de sus hombres públicos prominentes. Pero no es el pueblo el que la promueve, y el predicado “símbolo”, implica algo más que la sola gratitud popular.

Que ese movimiento no es espontáneo ni popular, basta para sospecharlo ver las listas de algunos de los comités.

Nombres hay en ellas que no acusan filiación con la idea de la Reforma, ó con los principios liberales; y que retrocediéndolos algunos años, los encontraríamos probablemente en antagonismo con las ideas que representaba el Sr. Juárez. ¿Cómo es que tratan ahora de deificarlo?

El movimiento no es popular ni espontáneo. Es netamente burocrático; es netamente la obra de ciertas clases sociales preponderantes. Es obra de las clases oficiales y de los merodeadores de la política, que forman legión. Los fondos públicos se están aplicando profusamente. Naturalmente, el pueblo, sobre todo la clase analfabeta, le hará bulto, pues para eso sirve en todas ocasiones.

Un amigo nuestro nos explicaba las cosas, en días pasados, como una idea luminosa, de esta manera: “La mente de cierto elemento social que promueve el Centenario, es constituir al Sr. Juárez en un símbolo, para oponerlo al partido clerical, que cada día gana terreno en el ánimo público.” Todavía no nos satisface esta pueril explicación: pero aceptándola, se ve que el

COLEGIO DE GUADALUPE.—16.



Centenario no tiene por objeto una sincera oblación á la memoria del Sr. Juárez, sino que es una medida de fines políticos, para asegurar el porvenir del sedicente partido liberal.

¿Suponen acaso los promovedores del Centenario que en el porvenir llegue el día en que el símbolo Juárez, como lábaro de un partido (el liberal), antagonice otro símbolo que ampare otro partido (el clerical), y que el territorio nacional se tiña en la sangre de los dos partidos contendientes?

Nada hay más inverosímil ni más infundado. No creemos que los problemas que en el porvenir se preparan á nuestra patria sean de esta índole, y que nos retrocedan á la contienda armada por los principios de la Reforma. Otros serán, y muy graves nuestros problemas nacionales, los cuales no conjuraremos ni resolveremos con el símbolo del Sr. Juárez, ni con el símbolo de ninguno otro de nuestros hombres públicos, sino con métodos y con elementos de muy diversa clase, si podemos allegarlos.

La época no está ya para símbolos. Querer implantar un fanatismo, siquiera sea patriótico, no es preparar el porvenir ni resolver nada; es retrogradar, es embarazar la mente popular con ideas abstractas y perniciosas. La mente popular no necesita metafísicas; necesita instrucción amplia y sólida; necesita ejemplos repetidos de civismo, de desinterés, de honradez política y social, necesita ejercicio sano de prácticas democráticas; y levantándose del nivel deprimido en que se encuentra, ella hallará pronto su orientación nacional. Menos gazmoñería y más pureza y virtudes cívicas. Pero esto precisamente es lo que los promovedores del Centenario no le podrán ofrecer á las masas inconscientes á quienes tratan de seducir.

Lo que les ofrecerán será, sí, una fiesta espectacular, aparatosa, como muchas de las que hemos presenciado en los últimos tiempos, en que los celebrantes, cubierto el rostro del más acendrado civismo de doublé, como poseídos de un ardor patriótico que jamás han sentido, se pavonean en rígida procesión, haciéndose guiños y riendo bajo la solapa, encantados del vaudeville que ofrecen cínicamente al público expectante. Esas fiestas carnavalescas llevan la imaginación á los viejos tiempos de su Alteza Serenísima, y arrancan al ánimo la triste persuasión de nuestra irredimible condición social; que en cin-

cuenta años de progreso intelectual aparente, y en cincuenta años de progreso material efectivo, no ha producido aún la dignificación del espíritu con sus consecuencias naturales, que son: la independencia y la elevación del carácter nacional.

Si Santa-Ana, el gran maestro de la fantasmagoría política, se alzara un día desde el Tepeyac, y encarándose con nuestra metrópoli, nos sorprendiera en una de estas orgías cómico-cívico-políticas sentiría la diabólica satisfacción de ver justificadas todas sus antidemocráticas locuras y demasías, y todo su altanero desprecio de prócer de cuartel. Batiría palmas, y abatiéndose luego en su tumba, exclamaría con satánica fruición: "¡Ah, mis mexicanos! ¡Son los mismos de siempre! No han cambiado ni un dracma. Aun puedo esperar tranquilo que me rehabilite un día la Historia!"

¿Símbolo el Sr. Juárez? ¿De qué? ¿De los principios náufragos en el Océano de la ignorancia y del egoísmo nacionales? Ridícula sería la idea, si no se comprendiera, que bajo el prestigio de su nombre, se quiere amparar únicamente el egoísmo y la preponderancia de intereses mercenarios de clase; y no los principios nobilísimos de la Reforma y los intereses verdaderos del pueblo mexicano! La familia mexicana le pertenece al clero como antes; y en cuanto á una buena mayoría de los hombres actuales, si no le pertenecen al clero, creemos que tampoco el diablo querría cargar con ellos! El partido liberal de que se alardea, no existe, como no existe ningún partido político en el país. Camarillas no son partidos. La sociedad, políticamente, está desorganizada. Sólo la Administración está organizada; y dentro de ella y afuera de ella, las clases sociales, pugnando aislada ó conjuntamente por el medro, según cada una de ellas lo entiende y lo puede obtener, desoyen las apelaciones de los intereses de la patria común.

\*\*\*\*

Veremos, pues, el Centenario con el excepticismo y con la prevención que nos dicta la experiencia; seguros de que no mejorará un ápice la condición nacional; antes la dañará esencialmente.

Los iconoclastas del porvenir, que tanto quehacer tendrán, no destruirán acaso las representaciones del Sr. Juárez que se inaugurarán con los fondos públicos en las próximas fiestas.



Esperamos que los verdaderos méritos del Sr. Juárez justificarán, en todo tiempo, un respeto sensato á su memoria; pero las verán con ánimo modificado; sin incurrir en la veneración ridícula que hoy se trata de imponer y de que se alardea falsamente.

\*\*\*\*

Si el escándalo que promovió en nuestra sociedad la primera obra del Sr. Búlnes, "El Verdadero Juárez", no hubiera tenido otro resultado que el de excitar la mente nacional, ya habría sido útil, como revulsivo, para una sociedad que se pudre en una situación abyecta de marasmo y de inanición mental. Pero ella dió ocasión á labores literarias de no escaso mérito y fundamento, aunque de variable estimación como obras históricas. Sobre todo, provocó una exhibición lastimosa de actos ridículos y malaventurados. Tuvo virtud de exhibir á muchas personalidades, que salieron á la escena á lucir su triste condición mental y á divertir al público expectante. ¡Qué revelación más fecunda no fué esa, de lo que somos, cuando perdemos los estribos, exaltados por un patriotismo, ó un deber de familia, ó un espíritu de clase mal comprendidos! La obra del Sr. Búlnes tuvo el defecto de un sondeo de la situación mental de nuestra sociedad! Cuántas poridades y miserias no levantó del fondo! Así no más considerada, fué una obra fructífera para el sociólogo y para el psicólogo; porque demuestra, que una sociedad estancada, siquiera está sumergida en el sopor de una paz bienhechora, es un pantano peligroso, donde la podredumbre y todos sus miasmas deletéreos, yacen ocultos bajo la irisada y tersa superficie.

Pero no sólo el Sr. Búlnes pagó en aquella vez el debido tributo á su osadía é independencia de ideas, sino que aun los que por pura indignación obramos entonces en pro del fuero del pensamiento escrito, sufrimos reflexamente las consecuencias. Citaremos el caso de cierto bohemio tráfuga que sintió ajada la moña de su dignidad patricia con nuestros conceptos de entonces, y que nos puso incontinenti fuera de su comunión. Fulminó, in petto, el anatema conminatorio sobre nuestra pobre humanidad, y hasta la fecha vivimos en el interdicto!

\*\*\*\*

Dejemos, pues, reposar al Sr. Juárez, reclinado en el seno

de su ángel tutelar, en el sarcófago marmóreo que la gratitud pública le ha erigido en San Fernando. Allí está bien su frágil despojo mortal, en el merecido descanso, después de las afanosas lides empeñadas en el estadio político de su patria. La muerte ha consagrado sus residuos orgánicos poniéndolos á cubierto del huracán de las pasiones de fuera, que seguirá soplando en la eternidad de los tiempos. Deseamos, empero, que su personalidad superorgánica, que su nombre, no sirva de instrumento, en las sórdidas manos de los explotadores del sentimiento nacional, de los judíos de la bolsa política, para traficar con él indignamente en el mercado de la credulidad pública. Que su obra social y política, no importa de la medida y de la calidad que haya sido, no encubra ni escude las ambiciones de "los levaitanes" de la burocracia contemporánea.

El Sr. Juárez fué tan sólo uno de tantos inspirados, que formaron legión, en la pugna social por alcanzar para su patria los beneficios de una condición más avanzada en los principios de la justicia social y en los goces de la civilización. En su labor personal no excedió jamás los límites humanos, ni ofreció nada de anormal en su carrera pública; y por lo tanto, cualquiera transfiguración que se intente hacer hoy de su personalidad histórica, traspasará los límites de lo sensato y constituirá una ofensa al buen sentido de la época y al ilustrado criterio de los hombres cultos. —Bueno se está lo que ha sido.

La humanidad ha rebasado ya, en su carrera, la etapa medioeval de los mitos y de las mistificaciones. No olvidemos que la verdadera historia también aplica el sistema Bertillon á todos los personajes que traspasan sus augustos dinteles, y que el tiempo, ahora que el estudio de las ciencias y la facilidad de las comunicaciones hace de los pueblos todos una sola familia, asignará al fin á cada hombre su justo valor y su justa medida. —Cuique suum!

\*\*\*\*

El verdadero patriotismo es, por excelencia, un sentimiento viril; procuremos hacerlo, á la vez, un sentimiento ilustrado!

MANUEL M. ALEGRE.